

ciendo completamente de error y vicio, solo á ella toca instruir y corregir á los hombres.

CAPITULO XXI.

De Jesucristo.

Examinando con atencion y profundidad el género humano antes de la venida del Redentor, observando la espantosa corrupcion del imperio romano, la barbarie y ferocidad de las razas que le invadieron, reflexionando sobre la embriaguez á la vez frenética y hedionda de aquella Roma ulcerada de orgullo, y estenuada de crápula y ateismo, considerando lo gangrenada que se hallaba la sociedad, y el viento de la muerte que soplabá sobre el género humano, un pensamiento imponente se ocurre á la mente humana : ¿qué hubiera sido de la prole de Adán sin la aparicion del cristianismo? Pues, en efecto la prole de Adán, sin vida y aparentemente sin porvenir, poseida de un espíritu de locura, y asfixiada del hálito del infierno, parecia aquella multitud de hojas que el otoño arranca de nuestros árboles, marchitas, separadas del tronco nutritivo, secas, arrolladas, que el soplo del huracán hace rodar entre el polvo, arremolinar en el aire, ó desaparecer de nuestros prados.

Si no nos impidiese el plan sucinto que nos hemos propuesto, probaríamos hasta la última evidencia, mediante una descripcion circunstanciada

del estado de la sociedad antes del Salvador, que sin el cristianismo hubiera perecido completamente la humanidad, ó á lo menos quedado reducida á un estado mas mísero y deplorable que puede figurarse la imaginacion ; baste decir que en el día este es punto reconocido, admitido, y en cual unánimemente convienen todos los filósofos, políticos é historiadores, tanto incrédulos como cristianos.

La corrupcion del imperio romano atrajo aquellas hordas de bárbaros que por instinto, y sin conocer distintamente su mision, se llamaban *el azote de Dios*. ¿Qué hubiera sido del género humano, si el arca grande del cristianismo no hubiese salvado los restos del género humano de este nuevo diluvio? ¿Qué suerte hubiera quedado reservada á la posteridad? ¿En donde se hubieran quedado depositadas las luces y la civilizacion?

Los sacerdotes paganos no formaban cuerpo literario; las escuelas de Atenas y Alejandria se reducian á estas dos ciudades, y consistian en algunos centenares de retóricos que hubiesen sido degollados con lo restante de los ciudadanos, al paso que las bibliotecas y demas depósitos de civilizacion hubieran sido incendiadas, como mas adelante hicieron con la biblioteca de Alejandria otros bárbaros menos incultos.

Entre los antiguos no habia espíritu de proselitismo, ni ardor para enseñar ; los paganos no se retiraban al desierto para vivir con Dios, y alimentarse de oracion. ¿Qué sacerdote de Júpiter hubiera ido al encuentro de Atila para detenerlo en su marcha, como hizo el papa San Leon? ¿Qué levita hu-

biera persuadido á Atila que retirase sus tropas de Roma? Los bárbaros que invadieron el imperio romano eran ya en gran parte cristianos; de otro modo, no lo dudemos, todo lo hubieran destruido y nada hubieran perdonado.

De los diferentes pueblos que invadieron el imperio romano, los Godos parecen haber tenido el genio menos devastador. Teodorico, vencedor de Odoacre, fue sin duda un gran príncipe, pero era cristiano, y Boecio, su primer ministro, era un literato cristiano. ¿Qué hubieran hecho los Godos si hubiesen sido idólatras? Todo lo hubieran derribado como hicieron los otros bárbaros. ¿Y si en lugar de adorar á Jesucristo hubiesen idolatrado Venus, Priapo y Baco, qué mezcla horrible y monstruosa hubiera resultado de estos abominables cultos con la sangrienta religion de Odin? ¿Qué espantosa combinacion hubiera sido la de la crueldad devastadora y espíritu incendiario de los Bárbaros con las saturnales, bacanales, juego del circo, lucha sangrienta de gladiadores, y toda la crápula y asquerosos vicios del abominable imperio romano?

Los solos vencidos que respetaban los bárbaros eran los sacerdotes y religiosos cristianos. Los monasterios fueron otros tantos focos en que se conservó el noble fuego de los artes, juntamente con la lengua latina y griega. Los primeros ciudadanos de Roma y Atenas habiéndose refugiado en el cristianismo, evitaron así la muerte ó la esclavitud, que de otra manera hubieran sufrido con lo demas del pueblo.

Por el estado actual de las naciones en que no

existe el cristianismo, podemos en cierto modo figurarnos el estado en que estaríamos si esta divina luz no hubiese penetrado entre nosotros: seríamos esclavos turcos, ó algo peor; á lo menos el mahometismo tiene un fondo de moral derivado de la religion cristiana, bien sabido es lo mucho que sacó Mahoma de las sagradas páginas. Pero de la misma manera que el primer Ismael fué enemigo de la antigua Jacob, el segundo es perseguidor del nuevo.

Es por consiguiente muy probable que sin el cristianismo hubiera naufragado totalmente la civilizacion y la sociedad. No es posible calcular cuantos siglos hubieran sido precisos al género humano para salir de la ignorancia y barbarie.

Aun admitiendo que los bárbaros hubiesen quedado tranquilos en sus bosques, la disolucion del imperio romano hubiera sido no menos segura y mas espantosa; pues la humanidad podrida de crímenes hubiera reventado y aniquiládose en fétida y estenuante supuracion.

¿Acaso hubieran procurado emanciparse los esclavos? Mas estos eran tan perversos como sus amos, con los cuales dividian los deleites y la vergüenza; por otra parte tenian la misma secta, y este impedía toda esperanza de cambio en los principios morales. Las luces no progresaban, antes bien retrocedían; y las artes decaian rápidamente. La filosofía esparcía una suerte de impiedad que, sin conducir á la destruccion de los ídolos, producía en los grandes los crímenes y desgracias del ateísmo, al paso que dejaba arraigada la supersticion en el vulgo. Así á

todas las supersticiones del paganismo, á las saturnales, bacanales, á la intemperancia, prostituciones y demas crímenes necesarios para el culto de aquellos dioses, mas infames y viles que los hombres mas infames y viles, se agregaba el ateismo, monstruo horrendo, vampiro que un momento destruye, y deja cadavérica la sociedad mas floreciente y mas rica en porvenir.

Tácito pretende que habia cierta moral en el fondo de las provincias; mas estas provincias empezaban á convertirse al cristianismo. Por lo tocante al ejército romano, que probablemente hubiera desmembrado el imperio, los soldados estaban tan corrompidos como los demas ciudadanos, y aun mas lo hubieran estado si no los hubiesen reclutado los Godos y Germanos. Todo lo que puede conjeturarse es que despues de largas guerras civiles y de destruccion que hubiera durado muchos siglos, la raza humana se hubiera hallado reducida á algunos hombres errantes sobre ruinas. ¡Pero cuantos años hubieran sido precisos á este nuevo arbol de pueblos para estender sus ramas sobre tantos destrozos! ¡Cuanto tiempo hubieran tardado en renacer las ciencias olvidadas ó perdidas, y en qué estado de infancia estaria en el dia la sociedad!

De la misma manera que el cristianismo ha salvado á la sociedad de la destruccion convirtiendo á los bárbaros, y recogiendo los restos de la civilizacion y de las artes, de la misma manera ha salvado al mundo romano de su propia corrupcion. Los antiguos admitian el infanticidio, y la disolucion de

los vínculos conyugales, que entre ellos no eran mas que vínculos sociales; su probidad y su justicia se limitaban á su patria, y no pasaban mas allá. Entre estos pueblos, la compasion, la humanidad, el pudor, no se contaban en el número de las virtudes. La clase mas numerosa era esclava; las sociedades flotaban eternamente entre la anarquía popular y el despotismo: tales son los males á que ha traído un remedio seguro el cristianismo, como lo acredita el haber libertado de estos males las sociedades modernas. El ascetismo y las primeras austeridades de los cristianos eran necesarias: era preciso que hubiese mártires de la castidad, cuando habia prostituciones públicas; penitentes cubiertos de ceniza y cilicio, cuando la ley autorizaba los mayores crímenes contra las costumbres; heroes de la mas ardiente caridad, cuando habia monstruos de barbarie; en fin para arrancar á un pueblo corrompido de los combates del circo y de la arena, era necesario que la religion tuviese, por decirlo así, sus atletas y combatientes en los desiertos de la Tebaida.

Jesucristo puede por consiguiente llamarse, en el sentido material, el SALVADOR DEL MUNDO, como lo es en el sentido espiritual. Su pasaje sobre la tierra es, hablando humanamente, el mayor acontecimiento de que hacen mencion los hombres desde la creacion del mundo, pues la predicacion del Evangelio ha renovado completamente la faz de la tierra. « Voy á eriar nuevos cielos, y nueva tierra;.... el lobo y el cordero pacerán juntos, el leon y el buey comerán la misma paja, y el polvo será

el alimento de la serpiente¹. » El momento de la venida del Hijo del Hombre es bien digna de atención : un poco antes su moral no era humanamente necesaria de un modo absoluto, pues los pueblos podían aun sostenerse por sus antiguas leyes, y un poco despues este divino Mesías hubiera aparecido despues del naufragio de la sociedad.

A la época de la aparición del Salvador todas las naciones esperaban con ansia un personaje famoso, que debía tener grande efecto sobre la humanidad. « Una antigua y constante opinion, dice Suetonio, se habia esparcido en el Oriente que un hombre saldria de la Judea, y lograria el imperio universal². » Tácito dice lo mismo en términos casi iguales. Segun este historiador, « La mayor parte de los Judíos se rebelaron por una profecía contenida en los antiguos libros de sus sacerdotes, que hacía ese tiempo (el tiempo de Vespasiano) prevaleceria el Oriente, y que un hombre salido de la Judea reinaria sobre el mundo entero³. »

Josefo, hablando de la rebelion de los Judíos, la atribuye á la misma causa.

El Nuevo Testamento tambien nos muestra esta esperanza esparcida en Israel; la multitud que corre al desierto, pregunta á San Juan Bautista si él es verdaderamente el *gran Mesías*, el *Cristo de Dios*,

¹ Isaías, 63.

² *Percrebuerat Oriente tote votus, et constans opinio, esse in factis, ut eo tempo Judea profecti rerum potirentur.* Suet. In Vesp.

³ *Pluribus persuasio inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri eo ipso tempore fore, ut valesceret Oriens, profectique Judea rerum potirentur.* TÁCITO, Hist., lib. V.

esperado hace tanto tiempo en Israel; los discípulos de Emmaus quedan penetrados de tristeza cuando saben que Juan no es el hombre que debe redimir á Israel. Las setenta semanas de Daniel ó los noventa años despues de la reconstrucción del Templo habian ya espirado.

Por último, Origenes despues de haber referido las tradiciones de los Judíos, añade que un gran número de ellos reconocieron á Jesucristo como el libertador prometido por los Profetas.

Todo se prepara para el establecimiento de la doctrina del Hijo del Hombre. Las naciones largo tiempo desunidas, en cuanto á gobierno, costumbres, idioma, etc., entretenian entre sí odios hereditarios; de repente cesa el estruendo de las armas, y los pueblos reconciliados ó vencidos se pierden en el imperio romano.

Por una parte la religion y las costumbres han llegado á aquel grado de corrupcion que forzosamente produce un cambio en los negocios humanos; por otro toda está vinculado, todo está unido por el vasto imperio romano, que el Cielo ha destinado á la propagacion del Evangelio.

Este imperio romano se compone de una porcion de naciones unas salvages, otras mas ó menos civilizadas; la simplicidad de Cristo para las primeras; sus virtudes morales para las segundas; para todas partes su misericordia y caridad son medios de salvacion que el cielo reserva, medios tan eficaces, que dos siglos despues del Mesías, Tertuliano decia á los jueces de Roma : « Nosotros somos de ayer, y en el dia todo lo llenamos, vuestras ciudades, vuestras

islas, vuestras plazas fuertes, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro; no os dejamos mas que los templos. » *Sola relinquimur templa.*

La grandeza de las preparaciones naturales se une al brillo de los prodigios; los oráculos verdaderos, mudos desde largo tiempo en Jerusalem, recobran la voz, y los falsos callan. Una nueva estrella aparece en el Oriente, Gabriel anuncia á María la encarnacion del Hijo de Dios, y un coro de ángeles canta en el cielo durante la noche: *Gloria á Dios, paz á los hombres*, palabra sublime, y en la que parece estar contenido todo el cristianismo. De repente la voz se esparce que el Salvador de los hombres ha visto el dia en la Judea: no ha nacido en la púrpura, sino en el asilo de la indigencia; no ha sido anunciado á los grandes y á los soberbios, sino á los pequeños segun el mundo y á los simples de corazon; al rededor de su cuna no ha reunido los dichosos del mundo, sino los desgraciados; y por este primer acto de su vida se ha declarado con preferencia el Dios de los miserables.

Detengámonos aquí para hacer una reflexion. Desde los mas remotos recuerdos de los anales humanos, vemos reyes, héroes y hombres deslumbrantes, llegar á ser ídolos de las naciones. Pero se presenta un pobre artesano en un rincon de la Judea; este hombre es un modelo de virtudes, dolores y miseria; muere públicamente en un patíbulo afrentoso; escoge sus discípulos en los rangos menos elevados de la sociedad; solo predica sacrificios, holocaustos, huida de placeres, renunciamiento á

las pompas del mundo, apartamiento del placer y poder; prefiere el esclavo al dueño, el pobre al rico, el leproso al hombre sano; todo lo que llora, todo lo que tiene llagas, todo lo abandonado del mundo, hace sus delicias: al contrario, el poder, la fortuna y la prosperidad, son estados que amenaza. Derriba las nociones comunes de la moral; establece entre los hombres nuevas relaciones, nuevo derecho de gentes, nueva fe pública; esparce su doctrina, triunfa de la religion de los Cesares, se establece sobre su trono y domina la tierra. No, cuando la voz del mundo entero se elevase contra Jesucristo, cuando las luces de la filosofía atacasen sus dogmas, jamas podrán persuadirnos que una religion, fundada sobre tales bases, sea una religion humana. El que ha podido hacer venerar una cruz, el que ha ofrecido á los hombres como objetos de culto la humanidad sufriente y la virtud perseguida, no puede ser menos de un Dios.

Para poder conocer Jesucristo, es preciso, digámoslo así, elevarse sobre el tiempo, y penetrar con el Apóstol hasta en el seno del Ser infinito:

« En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. Este era en el principio de Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas no la comprendieron. Era la luz verdadera, que alumbraba á todo hombre, que viene en este mundo. Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros; y vi-

mos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. »

Tales son las palabras del Apostol San Juan; por ellas conocemos á Jesucristo. Por ellas vemos que Jesucristo es el hijo de Dios engendrado de toda la eternidad, y que, permaneciendo lo que jamas puede cesar de ser, se ha dignado tomar nuestra naturaleza y vestir nuestra carne mortal: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Por consiguiente reunió en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana, y estas dos naturalezas siempre distintas no forman mas que una sola persona, Jesucristo, Dios y Hombre que era *la esperanza de las naciones*. Las naciones no lo han aguardado en vano; este divino Redentor ha parecido en los días señalados, *y vimos la gloria de él, gloria como Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*.

¿Pero cual ha sido el fin del Verbo divino revistiendo nuestra carne? ¿Qué designios secretos le han inducido á unirse á nuestra naturaleza? « Ha venido, dice San Pablo, *á regenerar todas las cosas en los cielos y en la tierra*; tal es su mision, mision que debe llenar nuestros espíritus de amor y adoracion, mision digna de aquel por quien *todas las cosas fueron hechas*, y que solo podia regenerarlo todo.

Estas palabras del Apostol responden suficientemente á cuantas cuestiones puede formar el hombre sobre la encarnacion del Verbo; pero responden sin satisfacer plenamente su curiosidad, porque Dios, que ninguna verdad util le oculta, no se ha propuesto satisfacer su vana é insaciable curiosidad.

Así, no se nos pregunte lo que significa esa *regeneracion de cielos* de que habla San Pablo, que completamente ignoramos; y ademas ¿qué nos importa saberlo, estando, como estamos aun, en esta tierra? El dia llegará en que lo sabremos, si lo llegamos á merecer. Todo lo que actualmente podemos comprender es que el efecto del amor divino por la encarnacion no se ha limitado al mundo que habitamos, sino que ha tenido efecto hasta en los cielos.

No estendamos nuestros deseos sin fin y sin límites; contengámoslos en los límites prescritos por la sabiduría suprema: queriendo pasar mas allá seremos segura y completamente descarriados. Lo que nos interesa inmediatamente es la regeneracion de la naturaleza humana operada por Jesucristo; así Dios nos ha dado sobre este punto todas las luces necesarias; no hay tinieblas al pie de la cruz.

Un crimen que el hombre no podia expiar, para siempre lo separaba de su autor, esto es, de su soberano bien, de la verdad soberana. Desde entonces precipitado en sí mismo, como en un primer infierno, hundido dolorosamente en las tinieblas de su pensamiento, en el golfo inmenso y vacío de su corazon, en que el mal germinaba, ¿qué otra cosa le quedaba despues de su caída sino una corrupcion irremediable, y la sentencia de muerte que en el fondo de su alma quebró la misma esperanza? Y para siempre hubiese quedado esta destruida, si la promesa de un Redentor no hubiera hecho lucir un rayo de salvacion á los ojos de esta degradada criatura.

El Verbo divino, conmovido de piedad al aspecto

de las ruinas del hombre, resolvió repararlas y satisfacer por nosotros á la justicia de su Padre. A él se ofreció para ser nuestra víctima, el precio de nuestra reconciliacion; y durante cuatro mil años que duró este adorable sacrificio, la naturaleza humana doliente no cesó de aspirar á su cumplimiento.

Y no debe causar sorpresa que, para que el inocente expiase el crimen del culpable, el Hijo de Dios haya por tanto tiempo diferido su encarnacion. Convenia que los hombres dominados de orgullo conociesen cada vez mas la necesidad de un libertador, reconociesen la flaqueza de su razon, su impotencia, y temblasen contemplando la llaga profunda de su corazon.

Por otra parte, muchos siglos eran necesarios para preparar la venida y la mision de Jesucristo, que debian atacar todas las pasiones; para que fuera anunciado por los profetas y prefigurado en la ley; para que la verdad de estas profecias, atestiguada por un pueblo establecido milagrosamente, conducido milagrosamente, conservado milagrosamente en medio de los demas pueblos, no pudiese ofrecer el menor género, el menor asomo de duda. Sígase este pensamiento tan digno de la sabiduría de Dios, y se verá que el mismo designio exigia que la redencion se operase, por decirlo así, en presencia del mundo entero reunido en un solo imperio, cuando la filosofía, las ciencias y las letras estaban en su mayor auge, al mismo tiempo que habia llegado á su colmo el error y la depravacion: en una palabra, en una época en que visiblemente las na-

ciones no podian salvarse sino por un socorro sobrenatural, y en que era menos posible que la mentira las sedujese, ó las cegase el error.

Como fuente y modelo de toda perfeccion, la vida del Salvador debe ser meditada enteramente y con toda la aspiracion del corazon. El Salvador nos ha dado el ejemplo para que imitemos sus acciones; y uno de los mayores bienes de la encarnacion es que el Verbo divino se ha hecho sensible, para ser no solamente el objeto de nuestra admiracion, sino tambien la regla y el modo de nuestras costumbres.

Desde luego vemos en Jesucristo las virtudes de la infancia. Era docil y sumiso á sus padres, y á todo el mundo se mostraba amable, pues el Evangelista nos dice que « á medida que crecia en edad se fortificaba tambien en gracia y sabiduría delante Dios y los hombres¹. »

De todo lo demas de su vida hasta la edad de treinta años, no sabemos otra cosa sino que permaneció en la pequeña poblacion de Nazareth, reputado hijo de un carpintero, y trabajando él mismo en este oficio. Este silencio de los Evangelistas manifiesta mejor que podria hacerlo ningun discurso humano, el estado de retiro y de oscuridad en que Jesucristo ha querido pasar la mayor parte de su vida, no obstante haber venido para ser la luz del mundo. Treinta años dedicó á la vida privada, y solamente tres ó cuatro á la predicacion y al ministerio público, para enseñar que el deber general de

¹ Lucas, II, 40.

todos los hombres es trabajar en silencio, y que solamente hay un número limitado que deban dedicarse á las funciones públicas, y solamente durante el tiempo que la orden de Dios ó la caridad del prójimo lo exijan.

El oficio que escogió es digno de reflexion. Vivir del trabajo de sus manos es un estado mas pobre que tener tierras que cultivar ó ganados que alimentar. Sea que trabajase para los edificios, sea que trabajase con arados é instrumentos de labranza, como lo refiere una antigua tradicion, ello es cierto que su trabajo era penoso, y al mismo tiempo util y aun necesario á la sociedad, y mas digno de respeto que los que solo sirven de lujo ó de recreo. De este modo pasó casi toda su vida, al lado de su familia, y en lugar en que habia sido criado, llevando una vida libre y virtuosa, pero seria y ocupada, sufriendo la pena impuesta á todos los hombres en la persona de Adan, y dando continuamente ejemplos de las dos virtudes que mas ha recomendado, la dulzura y la humildad.

Antes de comenzar su mision se prepara con el bautismo, la oracion y el ayuno. No tenia necesidad de estas preparaciones; si á ellas se sometió, fué, como él mismo nos lo dice, para cumplir toda justicia y darnos ejemplo.

San Juan lo bautiza en el Jordan; los cielos se abren, el Espíritu Santo descende sobre él en forma de paloma, y una voz de los cielos dice: «Este es mi Hijo el amado en quien me he complacido.»

Su ayuno de cuarenta dias y cuarenta noches, sin alimento, se considera generalmente milagroso, co-

mo el de Moisés y Elias, mas tal vez no se conocen todas las fuerzas de la naturaleza. San Agustin asegura saber de personas fidedignas que una persona habia llegado á cuarenta dias sin tomar alimento, y Teodoreto nos dice que San Simeon Stylita habia pasado veinte y ocho cuaresmas de este modo, despues de haberse acostumbrado por grados á esta prodigiosa abstinencia. Aun en el dia se ven Indios Orientales idólatras pasar veinte dias, y aun mas, sin alimento.

Durante este ayuno y en esta horrorosa soledad, la sola ocupacion de Jesucristo era la oracion. ¿Mas quien se atreverá á hablar de su oracion? Contémonos con meditar humildemente lo que la Escritura nos dice de sus oraciones, y entre otras de aquella admirable que vemos en San Juan⁴, y no perdamos nada de lo que nos dice sobre el modo de orar. El Redentor oraba durante la noche, y algunas veces durante noches enteras: oraba á descubierto, en un jardin, en las montañas, en los desiertos, solo y separado: levantaba los ojos y manos al cielo, se ponía de rodillas, se prosternaba en tierra, marcando en todo él profundo respeto por su Padre.

Permite que lo tienta el demonio, para animarnos con su ejemplo á combatir y defendernos contra sus ataques; se defiende con pasages de la Escritura para enseñarnos que sin cesar debemos meditarla, y que en ella debemos buscar las reglas de

⁴ Juan, 17.

nuestra conducta, para determinarnos en todas las ocasiones.

Después empieza su predicación, y á llevar una vida que es el modelo del cristiano. Su ocupación principal es instruir y convertir. Él mismo declara que ha venido para buscar y salvar lo perdido, y se representa llevando en sus hombros la oveja descarriada.

Todo se sostiene en su persona, su vida, su doctrina y sus milagros. En todo reluce la misma verdad: todo concurre á mostrar al Autor supremo del género humano.

Jesús aparece en medio de los hombres lleno de gracia y de verdad, y todo lo arrastra con su palabra, autoridad y dulzura. Lleno de amor de Dios y de los hombres, recorre toda la Judea, que llena de sus beneficios; en todas sus acciones, en todas sus palabras, se nota el divino fuego de la caridad. Socorre y cura milagrosamente á los enfermos, derrama los tesoros de su misericordia sobre los pecadores de que se muestra el médico verdadero, y en todas sus palabras y acciones manifiesta una dulzura y una autoridad nunca vistas hasta entonces. Anuncia los misterios más elevados, pero los confirma por los mayores milagros; exige las mayores virtudes, mas al mismo tiempo da grandes luces, sublimes ejemplos y gracias divinas; sus preceptos imponen la abnegación completa del ser humano, y el entero holocausto de las inclinaciones y pasiones más violentas, y aun de los más secretos é irresistibles pensamientos; mas su yugo, como él mismo nos asegura, es dulce y suave. La pureza y su-

blimidad de su moral proclaman altamente su origen divino; la autoridad de su persona, sus virtudes sobrehumanas y el imperio que tiene sobre la naturaleza, indican un Dios oculto en un tabernáculo de carne. De esta manera « aparece entre los hombres lleno de gracia y de verdad, y de su plenitud recibimos nosotros todos ¹. »

Él solo, viviendo entre los hombres, y á la vista de todo el mundo, pudo decir sin temor de ser desmentido: « ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? » Como igualmente: « Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbré de la vida; mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre: el que me envió conmigo está y no me ha dejado solo: porque yo hago siempre lo que á él agrada ². »

Los más violentos enemigos de Jesucristo jamás se han atrevido á atacar su persona. Celso, Juliano, Volusiano, confiesan sus milagros; Porfirio cuenta que los mismos oráculos paganos lo llamaban un hombre ilustre por su piedad, y Alejandro Severo lo reverenciaba, como también otros emperadores. Bien sabido es que Plinio ha tributado un testimonio á la inocencia de aquellos primeros cristianos que tan de cerca imitaban al divino modelo. No hay filósofo alguno de la antigüedad que no haya sido más ó menos vicioso: los mismos patriarcas han tenido sus flaquezas; el Cristo solo es sin

¹ Juan, I, 14, 15, 16.

² Ib. VIII, 46,

³ Ib. 12, 29.